UNA VICTORIA SIN IGUAL

DOMINGO DE RESURRECCIÓN, 12 de abril

.

En aquellos días Pedro tomó la palabra y dijo: ya saben ustedes lo ocurrido en toda Judea, que tuvo principio en Galilea, después del bautismo predicado por Juan. Como Dios ungió con el poder del Espíritu Santo a Jesús de Nazaret y cómo éste, pasó haciendo el bien, sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él.

Ha llegado el día de la alegría, del gozo, de los Aleluyas, porque Jesús, que encarnó el amor del Padre, no tuvo otro empeño que en pasar por la casa de los hombres para darles el sencillo pero ardiente mensaje del Padre: El los ama y yo también los amo. Por eso Jesús se complacía en estar cerca de los que sufren, de los enfermos y de los que han sido maltratados por la vida. Cuáquera diría entonces que en medio de la adversidad que a todos nos ha tocado, no sería tiempo de cantar ningún aleluya, sin embargo, Cristo nos quiso esta cuaresma en nuestra casa y ahora con él en medio de nosotros, consolando, bendiciendo y alentando a todos los que vamos de paso y de camino a la casa del Buen Padre Dios. Nosotros nos habíamos olvidado del Padre,

del amor que Dios nos tiene y habíamos hecho lo que los muchachos, los adolescentes, que a sabiendas de que sus padres los quieren y darían la misma vida para sacarlos adelante, un dia quieren castigarlos insensatamente con su indiferencia y su frialdad. Lo mismo ocurre con muchos jóvenes que con un título de licenciatura o maestría o doctorado, un día sencillamente declaran: "ya no creo en Dios". Dios se reirá de la simpleza de los que así proceden, pero ni eso logrará apartar de ellos el amor que les tiene.

Nosotros somos testigos, de cuanto él hizo en Judea y en Jerusalén. Lo mataron, colgándolo de la cruz, pero Dios lo resucitó al tercer día y concedió verlo, no a todo el pueblo, sino únicamente a los testigos que él de antemano, había escogido: a nosotros, que hemos comido y bebido con él después de que resucitó de entre los muertos.

La crudelísima cruz y la muerte, fue el pago que nosotros los hombres le dimos a Cristo por su entrega, por la donación de su vida y porque no tuvo otro gozo ni otra alegría que vernos contentos y felices y en camino a la casa del Buen Padre Dios.

Nadie fue testigo del momento de su resurrección, sólo después de aquél momento solemne que alegró el corazón de nuestro Dios, se dio a conocer a sus apóstoles y a otras personas señalas por él, indudablemente a María su madre, porque siempre estuvo con él, en las buenas y en las malas. Fueron cuarenta días de convivencia con los más íntimos de su corazón, donde acabó de completar la misión que el Padre le había encomendado: amar a todos los hombres y mostrarles el camino de paz y de salvación. Los apóstoles, en vida de Jesús, estaban impedidos de entenderle, pero el Espíritu Santo completó lo que Jesús no había logrado en vida.

Es interesantísimo que nuestro pueblo siente cierta indiferencia ante el Cristo resucitado, que es el mismo de la cruz, pero los cristianos se sienten más identificados precisamente con la cruz, los clavos, las espinas, la sangre redentora. No hay como un Cristo sangrante, desgarrado, para mover la piedad y la fe de los creyentes, pero tenemos que dar el paso, porque sí, la cruz nos ha salvado, pero la resurrección de Cristo dejó abiertas de par en par las puestas de la salvación, de manera que hoy y siempre tendremos que gritar a pleno pulmón: Que venga la alegría, que venga el regocijo porque Jesús, el Cristo ya

resucitado y que vengan los Aleluyas, y los hosannas en honor del Cristo glorioso y salvador”,

Él nos mandó predicar al pueblo y dar testimonio de que Dios lo ha constituido juez de vivos y muertos. El testimonio de los profetas es unánime, que cuantos creen en él reciben por su medio, perdón de los pecados.

Sí, es verdad que estamos sufriendo en estos días, y también es verdad que nos preguntamos por qué se han abalanzado las desgracias y el temor entre los hombres y dan ganas de preguntarse si no será un castigo de Dios. Y la respuesta será que no, que Dios no castiga a los que ama, más bien la naturaleza está haciendo estragos entre nosotros porque nosotros la habíamos ignorado y la habíamos maltratado, de manera que de alguna forma nosotros provocamos esta desgracia sobre nuestros pueblos. Se dice que esto nos ha hermanado, porque la enfermedad ha tocado por igual, a todos, a los poderosos como a los sencillos y a los pobres, a los blancos como a los negros, a los ricos como a los pobres. Sin embargo, desde ahora nosotros, si en verdad creemos en la resurrección de Cristo, tendremos que mostrarnos solidarios con los que más sufren en estos días y no resulte que al final de la cuarentena, los pobres habrán quedado más pobres y los ricos y los pudientes logramos mantenerse a flote.

Que todos podamos cantar desde el fondo del corazón: “venid a Galilea, ahí el Señor aguarda, allí verán los suyos la gloria de la Pascua.

Primicia de los muertos, sabemos por tu gracia, que estas resucitado, la muerte en ti no manda.

Rey vencedor, apiádate de la miseria humana y da tus fieles parte de la victoria santa. Aleluya”,

Tu amigo el P. Alberto Ramírez Mosqueda que te invita a difundir el mensaje. Mi nuevo correo será desde ahora: alberamozq@gmail.com